

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Martes 3 de Abril.

El Eco de Cartagena

Cuadros de costumbres.

La velada de un enfermo.

Cada pais tiene sus costumbres, sus leyes y su organizacion, cada pueblo distintas maneras en su vida social y cada ciudad, cada poblacion, cada caserío por pequeño ó insignificante que sea, tiene tambien, á semejanza de las grandes naciones, de las razas y de los pueblos, su carácter peculiar, sus costumbres propias, su organizacion especial y distinta.

Reseñar esas costumbres y describir la organizacion social de este pueblo, seria un trabajo superior á las fuerzas del autor de estas lineas, y como su propósito solo se limita á cumplir un compromiso sagrado, limitará tambien su accion á referir ligeramente algunas escenas intimas ó cuadros de costumbres, rogando anticipadamente á las bellas lectoras del Eco, para quienes son estos apuntes, le absuelvan de antemano, en la seguridad de que al obrar así, realizan el mas santo principio religioso; la caridad, que nos ordena perdonar al ignorante y dar amparo al que lo ha de menester.

Basta de digresiones y pasó al asunto objeto de este cuadro.

¿Quien no ha pasado alguna noche, velando á la cabecera de un enfermo? ¿Existirá acaso uno solo que no haya cumplido ese deber que trae consigo la familia, la amistad y á veces el superficial conocimiento de una persona?—Creo escuchar vuestra respuesta negativa y me complace, porque así no tendré necesidad de estorzar me en dar colorido á una pintura que ya conocéis, á un cuadro, en que habeis figurado en primer término.

Llega la noche con su negro manto, diria un poeta, y apenas os dais cuenta de lo que os vá á suceder, en ese cortísimo espacio de tiempo en que las tinieblas reemplazan á la luz,

el silencio aterrador de la muerte al ruido variado é incesante de un pueblo industrial, la soledad al bullicio, el sueño á la vida.

La noche ha sido siempre mala consejera. En ella se han fraguado los mas espantosos crímenes y á su sombra se han cometido villanias que no tienen nombre, y sin embargo, en el instante en que dirigis vuestro paso á la casa del enfermo que vais á velar, encontráis la noche mas bella, la soledad os seduce, las sombras os agradan y con la esperanza de pasar unas pocas horas de vuestra vida en amigable consorcio con la oscuridad y la muerte, os considerais con mayor vida y llegais á imaginaros que aquella velada significa una lucha titánica entre la naturaleza y el hombre, lucha á que asistis con la conciencia de vencer, con la seguridad de obtener un completo triunfo.

Y es que el hombre, siempre pequeño y miserable, raquítico y endeble, cuyo poder limitadísimo pretende extender por encima del poder de Dios, cree en aquellos momentos hallar el de su reinado y á semejanza del insecto, sale de su estrecha cárcel, pone por pedestal de su gloria á la noche y vencedor se eleva sobre ella diciendo á todos: la naturaleza ha sido vencida; mientras ella me ordenaba el descanso, me invitaba con su luto al reposo, yo he permanecido dando vida con mi vida á la oscuridad y haciendo transcurrir el tiempo, he obtenido sobre la soledad, sobre la muerte un triunfo seguro, completo, indudable.

Pero de filosofía tratándose, como diria un apreciable sábio, amigo mio, bastante dicho se há y aun demasiado escrito llevo, pues el objetivo de estos mis apuntes, no es ni puede ser presentar constantemente en ellos las divagaciones de mi pobre inteligencia, por mas que el asunto que haya de desenvolverse, tenga en sí algún punto altamente filosófico.

Eusimismo en aquellos pensamientos, fija la imaginacion en tales ideas y perturbada mi mente con el recuerdo de la pequeñez y

miseria del corazón humano, me dirigi á la casa en que habia de velar á un enfermo, que si bien no ofrecia suma gravedad, era para mi, objeto de cariño y especial cuidado.

Aun cuando lo pretendiera, no os podria referir lo que por mi alma ocurrió en aquellos brevísimos instantes de mi existencia. Apenas si podian salir de mis labios algunas breves palabras de contestacion, á las que, de vez en cuando, me dirigia uno de mis mas queridos amigos, que me acompañaba. Ignoro si el espíritu de éste se hallaria en igual estado que el mio, pero ni él insistia en sostener una conversacion, que fuese la que quiera, hubiera entristecido nuestra alma, ni yo lo procuraba tampoco. Nos hallábamos precisamente en esos momentos en que la soledad parece nos separa de la vida, en que á solas con nuestra conciencia, traemos á la memoria errores pasados que pretendemos lanzar del pensamiento; faltas que deseariamos borrar para siempre y cuyas sombras nos envuelven y nos ahogan con sus continuas caricias. El sueño, con esa fuerza que nadie puede contrarrestar, cerníase ya sobre nosotros y se inclinaban nuestras cabezas suavemente, y se erguan luego y tornaban á inclinarse sin que entonces pretendiéramos alcanzar un triunfo sobre la naturaleza, triunfo que nos hubiera costado inmenso sacrificio.

El ejemplo de dos encantadoras niñas á quienes el sueño no llegó á mortificar ni un solo instante; hizo nos recobrar nuevo vigor, y lanzar lejos de nosotros aquellos filosóficos pensamientos, volviendo á la vida real de que nos habiamos alzado sin conciencia de lo que haciamos, sin conocimiento ni aun remoto del resultado á que necesariamente nos habria de llevar el examen de nuestro pasado.

El espantoso silencio de la noche, la amortiguada luz que con sus melancólicos resplandores heria de muerte á la oscuridad que pretendia envolvernos, la agitada respiracion del enfermo, el ruido que en la calle producía el pesado andar de los vi-

gilantes; todo era triste, como la calada del sol en una de las mas angustiosas tardes del Otoño, y sin embargo, aquella tristeza, aquella melancolia sin nombre, se disipó en el momento que fijamos nuestra atencion en los ángeles que Dios habia puesto en esa noche á nuestro lado, y que oraban con entusiasta fé, dirigiendo al cielo sus oraciones, en demanda de las fuerzas que las sostenian y que á nosotros nos habia sido imposible encontrar.

Breves frases se cruzaron de nuevo, se habló de todo sin tratar de nada, y aun cuando mi amigo quisiera, espoliando un sistema de felicidad doméstica, hallar adeptos, encontró solo oposicion lógica y tenaz á la práctica de una doctrina que menosprecia la dignidad de la mujer, lo santo y sublime de su sacrificio y el noble afán con que lucha por sostenerlo imaculado y puro.

La velada estaba próxima á terminar. Los primeros resplandores del crepúsculo matutino filtraron nuestras pupilas y el día avanzó magistoso, rasgando las ténues tinieblas como la noche se despedía. Un momento después, el sol extendió sus rayos por todo el horizonte que nuestra vista abarcaba, y la lucha que habiamos sostenido se retrataba en nuestros semblantes con la palidez de la muerte.

Nuestras bellas compañeras se retraron, quizás calificando de estúpidez y groseria el silencio que durante toda la noche habiamos conservado, y nosotros tambien buscamos el descanso, no sin contentar antes en la necesidad de volver nuestra conducta y de recibir una satisfaccion por un hecho, que he procurado explicar, por mas que no lo habré conseguido para muchas de mis lectoras.

En cambio de estos malos apuntes sin conexion, os ofrece para uno de los próximos dias, otros peores

O.....

Misceláneas.

Gran barómetro.—El magnífico